Era una hora intempestiva, pero Rachel Swanson se disponía a afrontar la segunda parte de la tarea que le habían encomendado: transmitir a sus clientes los resultados de ese encuentro. Según le habían comunicado, ahí acababa su cometido.

Estaba delante de la puerta que la separaba de la sala donde iba a tener la reunión y, tal como esperaba, se sentía más intranquila que en la entrevista con Ángel, hacía solo seis horas. Esa turbación no era ajena a las personas a quienes iba a informar. Era bien sabido por todo el mundo que menos del 1 % de la población mundial acaparaba mayor riqueza que el 99 % restante. Pero no lo era tanto que, si se hurgaba un poco más en las cifras, dentro de este 1 % había otro 1 % que concentraba con igual desproporción todo ese patrimonio, y que si ese cedazo se aplicaba con suficiente asiduidad, el resultado final confluía hacia la treintena de personas a las que ahora se iba a dirigir, las cuales le eran del todo desconocidas.

En verdad, y salvo algunas pocas excepciones, así era también para el resto de la humanidad, ya que al igual que el diablo, cuyo mayor engaño se decía que es hacer creer al hombre que no existe, esta élite de la élite permanecía siempre en la sombra, a pesar de gobernar el destino del mundo desde hacía siglos.

Porque detrás de las grandes compañías, y de las personas que ocupaban sus cargos principales, y en algunos casos incluso las portadas de las revistas económicas de prestigio, en otro plano más oculto habitaba el verdadero poder, el verdadero centro de decisión que hacía subir y bajar precios de materias primas y productos, potenciaba o desfavorecía sectores, manejaba a su antojo los medios de comunicación y, por supuesto, impulsaba, sostenía o derrocaba a políticos y gobiernos enteros, convertidos, como el resto de actores económicos y sociales del planeta, en poco más que marionetas en manos de este grupúsculo y que, a cambio de

unas migajas de dinero, poder y gloria, se movían al son de unos hilos invisibles que, en la mayoría de casos, ni siquiera sabían quién manejaba.

A decir verdad, Rachel no era del todo ajena a esta realidad, ya que gracias a sus contactos en determinados ambientes de alto nivel, había tenido acceso a informaciones puntuales, una charla aquí, una conversación allá, a menudo mantenidas con algunos colegas masculinos que querían impresionarla con determinados comentarios *sotto voce*, y que compartían con la mejor o peor disimulada intención de tener acceso a otro tipo de favores.

Estas confidencias, por otro lado, siempre infructuosas para los intereses de sus interlocutores, apuntaban indefectiblemente en la misma dirección: una total falta de escrúpulos ante cualquier obstáculo que les impidiera aumentar una fortuna y un poder que ya eran descomunales, so pena de dejar tras de sí un reguero de dolor y desolación en colectivos, poblaciones o territorios enteros. Además, pese a que su conocimiento de tales actividades se limitaba al ámbito empresarial, no era ajena a otro tipo de conflictos: guerras, acciones encubiertas, etc. que, si bien los medios solían atribuirlas a organizaciones gubernamentales conocidas por todo el mundo, le era fácil deducir que, aunque estas eran el brazo ejecutor, la orden primera partía siempre de este monstruo en las sombras.

Y, por más que hasta ahora creía, o más bien había querido creer, que en su desempeño habitual se mantenía alejada de este primer nivel de dominio tan omnipotente como devastador, lo cual, dicho sea de paso, le permitía dormir con una cierta tranquilidad, su reunión con Ángel le había revelado una verdad que no podía ocultar y que le causaba una indudable desazón: ella, como el resto, también servía a esos intereses desde un principio; de forma no deliberada, quizá, con más inconsciencia que servilismo, tal vez, pero, en verdad, siempre había estado involucrada en proyectos cuyo buen fin, prosperidad y beneficio acababan, en última

instancia, por revertir en manos de la bestia, una bestia que ahora estaba a punto de conocer y a la que, además, no iba a transmitirle un rutinario informe de beneficios.

Dándose un último momento para una respiración profunda, y sacando fuerzas de algún lugar en su interior que, aunque siempre le respondía, esta vez le fue un poco más difícil encontrar, cruzó el umbral de la puerta y entró en la sala.

La estancia era amplia y estaba presidida por una mesa alargada, imponente. A cada lado se sentaban quince personas, veintitrés hombres y siete mujeres, que esperaban en silencio su intervención. Según sabía, era la primera vez que se reunía el Círculo al completo en los últimos tres años.

Rachel ocupó la única silla disponible en un extremo de la mesa; al otro lado, la confrontaba un hombre al que no conocía, pero sí su cometido en ese acto: hacer todas las preguntas que tenía encomendadas sobre la situación, con el fin de evitar que alguno de los presentes mostrara cualquier tipo de afectación o interés personal que le posicionara de algún modo respecto al resto. Era lo que se llamaba una función espejo.

Tras un saludo protocolario por parte de su interlocutor, Rachel inició su exposición. Adaptó el tono al rango de los asistentes, pero sin restar un ápice de gravedad a la situación: la persona a la que había interrogado representaba una amenaza directa al orden actual que los allí presentes detentaban. A pesar de revisar sus anotaciones, le fue muy fácil exponer los doce puntos que Ángel le planteó. Y acabó con las mismas frases que él había utilizado.

—Si no aceptan estos preceptos, no solo el dominio que ahora ejercen en el planeta será revocado, sino que ustedes mismos se verán perjudicados a nivel personal.

A esas palabras siguió un gran silencio. Todo el mundo mantenía la misma expresión, sin un ápice de cambio. El hombre que la había saludado tomó la palabra.

—Por lo que ha podido usted observar en la entrevista, ¿qué grado de verosimilitud tiene para usted esta amenaza?

—Es, sin duda, real.

—¿Qué le hace estar tan segura?

Rachel no respondió a la pregunta; en lugar de eso, abrió su portafolio, sacó de él unos sobres y, para sorpresa de su espejo, se levantó y los entregó a cada uno de los asistentes, en el orden en que le había indicado Ángel.

Tan pronto volvió a tomar asiento, trató de ser diáfana en su explicación.

—El contenido de estos sobres me fue dictado por el señor Ángel durante la entrevista que mantuvimos, y, desde entonces, han permanecido bajo mi custodia. En ellos, cada uno de ustedes podrá leer una nota con información concerniente a su vida privada. Esta ha sido toda la respuesta que obtuve de mi interlocutor cuando le pedí una prueba que les pudiera presentar respecto al poder con el que les amenaza. Abran los sobres cuando estimen oportuno y valoren por ustedes mismos si mi afirmación respecto a la credibilidad de su advertencia es correcta.

Rachel guardó silencio y dedicó parte de su atención a observar las reacciones de aquellas personas que, tras buscar una cierta intimidad, algunos incluso levantándose, leyeron el contenido de los sobres. Eran datos que solo ellos o su entorno muy cercano podían saber, y en algunos casos se referían a hechos acaecidos después de su redactado, como, según recordaba, el color y el tipo de vestido que una de las asistentes llevaba puesto en la sala. A pesar del carácter excepcional de esa documentación,

nadie modificó un ápice su aspecto; quien se levantó, recuperó su asiento, con el mismo ademán impasible que el resto.

Ella también cuidó las formas, aunque guardó para sí la constatación de aquella extrema frialdad.

—¿Ha establecido algún plazo temporal?

—Dentro de tres días deberá recibir una respuesta.

—¿Tiene algún otro tipo de información respecto a la reunión con el señor Ángel?

—No.

Esa respuesta incomodó a su interlocutor, quien insistió un par de veces más en este punto sin encontrar otra respuesta por parte de Rachel.

—¿Hay algo más que quiera añadir, algo que considere relevante?

—No.

—Muchas gracias por todo, señora Swanson.

Rachel abandonó la sala con una sensación de alivio. La intranquilidad que la había acompañado al inicio de la reunión se transformó en una creciente irritación rayana en la repugnancia.